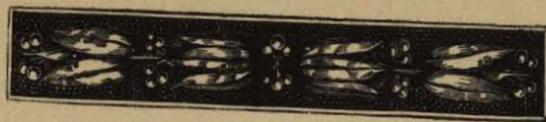


Que fué sólo una hora!
¡Señor, te apiada de las culpas mías!
Lo que valen comprendo
De tu mansión las santas alegrías.»

Dijo esto el monje y extendió los brazos
En dirección del cielo
Y, ya al romperse los vitales lazos,
Sus labios, yertos casi,
En señal de humildad puso en el suelo.
Quedó luego tendido el cuerpo inerte;
Mas el ánima al cielo se levanta,
Y oye al ave que canta
Por una eternidad . . . ¡Dichosa muerte!

MEMORIAS DE UN PEREGRINO



FRAGMENTOS

DE UN POEMA INTITULADO

“MEMORIAS DE UN PEREGRINO”

I.

Últimos días del invierno.—Llegada de las aves.

Consérvase la nieve en las montañas,
Permanecen los árboles sin hojas;
Por el rayo solar herida aquélla,
Cruge, rueda, en torrentes se transforma,
Desciende al valle convertida en río
Y fertiliza la comarca toda.
Céfiro allí sus invisibles alas
Cuando discurre en sus cristales moja,
Y a esparcir va después su aliento helado
En la ciudad, en las humildes chozas.
Todavía la niebla se levanta
De la llanura en transparentes blondas,
Y en mi ventana el viento de la noche

A veces melancólico solloza.
 ¿Dura el invierno aún? ¿Cómo así el duelo
 De la naturaleza se prolonga?
 ¿No tornará mañana, cual solía,
 De los placeres la estación hermosa?

Hendiendo el vasto cielo nebuloso
 Viene la golondrina voladora
 Desde climas lejanos: bajo el techo
 De mi humilde mansión vaga afanosa;
 Pide hospitalidad con trinos breves
 Y se congrega la familia toda
 A admirar al alado peregrino.
 Ave amiga del hombre, en buena hora
 Llegues a mis umbrales: tu presencia
 Anuncia al corazón la vuelta próxima
 De los serenos días. ¿Desde dónde
 Vienes buscando al sol? ¿Cuál es la zona
 Donde a la luz tus párpados abriste?
 ¿Cómo dejaste ayer la cara esposa?
 ¿Cuándo tornas a ver los patrios campos
 Que el invierno a dejar te obliga ahora?
 ¡Y un asilo en tus cánticos me pides!
 Duerme bajo mi techo sin zozobra,
 Que acaso traiga a la estación que anhelas
 La roja luz de la vecina aurora.

II.

La Primavera.

Siempre te amé, florida primavera,
 Siempre fuiste a mi alma melancólica
 Lo que la vista del vecino puerto
 Al náufrago que lucha con las ondas.
 En cada flor me diste una esperanza,
 Me ofreciste un placer en cada hora,
 Y, al contemplar el alfombrado campo,
 Tu ardiente sol, tu trasparente atmósfera,
 Quise que en tu regazo el sueño eterno
 Me obligase a dormir muerte dichosa.

III.

El cántico del ruiseñor.—Amores de las aves.

Mas ¿qué dulce cantiga a turbar viene
 La calma de los bosques a esta hora?
 Te reconozco, ruiseñor amante,
 Son tus reclamos a la esquiva esposa.
 Ese sol que fecunda las montañas
 Prende en tu seno llama abrasadora:
 Pero ¿qué digo, si de amor el fuego
 Se enseñorea de las aves todas?

Desde el alción que vuela sobre el río
 Imitando el murmurio de las ondas
 En sus cantares tristes, hasta el águila
 Que el mundo deja y las estrellas toca;
 Desde el buho misántropo que el nido
 En lo interior del campanario forma,
 Hasta la garza cándida que busca
 Asilo en las lagunas pantanosas,
 Al ave compañera todas llaman
 Con voz alegre o triste, dulce o ronca;
 Todas pueblan el aire con sus cantos,
 Todas en su embriaguez viven dichosas.—
 Tardan aún las roncadas tempestades:
 Las nieves del invierno están remotas.

IV

Olvido que sigue a la muerte.

¿Viste morir al entusiasta joven
 Que el orgullo formó de su familia;
 Amado de las ciencias y las artes,
 Y en cuyo pecho el patriotismo ardía?
 ¿Viste morir la prometida esposa
 De dar su mano ante el altar en vísperas?
 ¡Qué de esperanzas ¡ay! mueren con ellos!
 Pues acércate aquí: sus tumbas mira:
 Brotan en rededor silvestres flores,
 Aman las aves y dichosas trinan:

Sobre la tierra el aire, como siempre,
 Cuelga desde el zenit su azul cortina:
 Nada falta en el mundo: hasta sus nombres
 El caro amigo pronunciar evita:
 Un año más y con su injusta suerte
 La familia enlutada se resigna!

V.

La Lluvia.—La Cosecha.

Mas ¿qué sordo rumor al lejos suena
 Que retumbando, en la montaña expira?
 Son los truenos de julio: al escucharlos
 El labrador se inunda de alegría.
 Anuncian ellos bienhechora lluvia
 Que el abrasado campo fertiliza.
 Desgárrase la nube: por el rayo
 Del sol que muere en Occidente heridas,
 Del Sud al Aquilón iris inmenso
 Forman las gotas de agua cristalinas:
 Por sus multiplicadas partiduras
 Bebe la tierra este licor de vida;
 Las agostadas plantas se enderezan,
 Como la joven que a morir ya iba
 Cuando acertada en sus entrañas vierte
 Bálsamo de salud la medicina.
 Surcan arroyos la llanura extensa
 Y adquiere el bosque verdinegras tintas,

Los pájaros sacuden su plumaje,
 Y del toro la piel mojada brilla.
 ¡Cómo al peso de frutas diferentes
 Las ramas de los árboles se inclinan!
 Su mano alarga el labrador y encierra
 En los graneros la cosecha rica,
 Pensando alegre en que durante un año
 La suerte aseguró de su familia;
 Mas si las siembras el granizo tala
 Y en la miseria despertó, confía
 En el Dios que benéfico departe
 Sustento al ave y del insecto cuida.

VI.

La Caza.—La Tempestad.

Cuando sus nubes el otoño esparce
 Vistiendo el piso con las hojas secas
 Que al árbol quita, en amorosa llama
 Del noble ciervo el corazón se quema.
 Abandona los montes: hacia el valle
 Ora descende en rápida carrera,
 Arrójase a los ríos y en las ondas
 Sobrenada la añosa cornamenta:
 Busca en las quiebras de la opuesta orilla
 Su compañera tímida y esbelta,
 La disputa a los ciervos sus hermanos,
 El amor en sus ojos centellea:

Su frenético afán, su atrevimiento
 Al mirar, espantada huye la hembra:
 La persigue tenaz, al fin la alcanza
 Y hacia la gruta amiga va con ella.

Rumor lejano se percibe a poco:
 El ciervo salta erguiendo la cabeza,
 Fija atento el oído y a la fuga
 Su salvación el mísero encomienda,
 Que la impresión del acerado casco
 Fué para el cazador segura seña.
 ¿No oís voces humanas que conduce
 A intervalos el viento? Ya se acercan
 Los cazadores; llegan; las salidas
 Toman del valle y los alanos sueltan
 Que rastreando por doquier discurren
 Y se internan al fin allá en la selva.
 Reina en aquel instante hondo silencio:
 ¿Suenan leve rumor? Es que se queja
 El viento entre las ramas: ni las aves
 Cantan, la escena contemplando atentas.
 Un trémulo ladrido lastimero
 Se oye salir del bosque: el arma apresta
 Cada cual, recorriendo con la vista
 El valle extenso y la arboleda espesa.
 Ya los sagaces perros descubrieron
 De la infelice víctima las huellas;
 Redoblan sus ladridos y, entretanto,
 El corazón de quien matarla espera,
 De entusiasmo y temor lleno, palpita,

Arden sus sienes y su mano tiembla.
 Se acerca huyendo el ciervo y a su impulso
 Cruge la zarza que a sus pies se enreda;
 La rompe al fin y rápido se lanza
 Y varios tiros a la vez resuenan,
 Cuya explosión repiten los collados.
 Ya no se ve su forma en humo envuelta.
 ¿Se salvó? ¿Se salvó? . . . Miradle ahora,
 Plomo fatal hirióle: cae en tierra,
 Le rodean los perros y se agita
 De la agonía en las congojas fieras.
 Al verle así rendido y expirante
 Grito de gozo universal se eleva.

A veces interrumpe esta alegría
 La tempestad. Se aduermen las florestas;
 Hoja ninguna se estremece: el cielo
 Vélase en nubes lóbregas y espesas:
 Luego sus ondas oscurece el río
 Y el viento dobla las encinas recias
 Con bramido espantoso. Retumbando
 Recorre el trueno la escarpada sierra:
 El polvo escarba el toro audaz inquieto;
 Busca el ave marina la ribera
 Y en las aguas arrójase; la garza
 El ala extiende y sus lagunas deja.
 ¡Como el pastor que sus rebaños cuida
 Busca en el monte la trillada senda
 Que a su albergue conduce! Deslumbrando,
 El airado relámpago serpea,

Y de pavor el llano se estremece
 Y en sus cimientos las montañas tiemblan.
 Si reina breve espacio de silencio,
 Oyese la campana de la aldea
 Que al Dios del trueno apaciguar procura
 Y asilo ofrece en medio la tormenta
 Al peregrino. Su preñado seno
 Rasga la nube, empápase la tierra
 Con la abundante lluvia del otoño;
 Luego desaparecen las veredas,
 El río bramador desdeña el cauce
 Y la comarca en derredor aniega.
 Alguna vez bajo la altiva copa
 De un árbol guarecido, el alma llena
 De aquella admiración que siempre infunde
 Si conmovida está naturaleza,
 Largas horas pasé y helado el viento
 Mi cuerpo entumecía: al fin su fuerza
 La borrasca amainó; pasan las nubes
 Y limpio el azulado cielo dejan.

VII.

La caída de las hojas. — La muerte en la infancia.

¡Cuán grabados quedaron esos días
 Que entre placeres rústicos huyeran,
 Aquí en el corazón! Dirijo a veces
 Todavía mi planta a las praderas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1971

Cuando sus flores Mayo las prodiga
 O las nubes de otoño las sombrean.
 Nunca al mirar la desprendida hoja
 Con que los vientos encontrados juegan,
 La pobre hojilla que en el suelo muere
 Después de breves días de existencia,
 De visitar dejaron a mi alma
 Solemnes, melancólicas ideas.
 De nuestra suerte aquí la incertidumbre,
 De destrucción esa inmutable, eterna
 Ley que al olvido aterrador destina
 Cuanto natura a producir acierta,
 Del mendigo infeliz al potentado,
 Desde la flor que primavera engendra
 Hasta los monumentos que a su orgullo
 Levantaron allá Menfis y Tebas,
 Todo, todo su fin advierte al hombre,
 Conjunto de inconstancia y de miseria!

Pero ¿por qué la hoja ayer nacida
 Arrebatada entre las hojas secas
 Va por el aire, sin vivir el plazo
 Que a las demás la muerte concediera?
 En flor a veces se malogra el fruto:
 La mariposa que en la flor se alberga
 Deja el capullo, y cuando va surcando
 Por la primera vez la azul esfera,
 Incita al ave que despliega el ala,
 Audaz la sigue y sin piedad la apresa.
 También la frente cándida del niño

Hiere la muerte y con su soplo hiela,
 Y la esperanza de sus tiernos padres
 Para siempre jamás guarda en la huesa.
 ¡Hermanos míos inocentes! ¿Cómo
 Los años ¡ay! en su carrera lenta
 No han borrado en mi alma vuestra imagen?
 Siempre que la familia se congrega
 En sus pesares o alegrías, nota
 Que de los suyos dos faltan en ella.
 Encanto de sus padres venturosos,
 Dicha y amor de sus hermanos eran:
 Cuando vino la peste asoladora
 Y les hirió; cuando tocamos yertas
 Sus pálidas facciones que animaba
 Brillo de prematura inteligencia,
 ¡Cuántas amargas lágrimas vertimos!
 Resonaba el hogar con nuestras quejas.

VIII.

Los astros.—Vanidad de la ciencia.

Está la noche silenciosa: brillan
 En la celeste bóveda los astros,
 Acompañando con su luz hermosa
 En sus instantes últimos al año.
 Acaso Dios, en el espacio aéreo
 Con poderosa mano al derramarlos;
 Al trazarles sus órbitas eternas
 De las que separarse nunca osaron;

Al reflejar en sus opacas formas
 De su mirada el esplendente rayo,
 Quiso que en las tinieblas de la vida
 Ellos sirviesen al mortal de faro.
 Cumpliendo todos van con su destino:
 Cuando Orión del cielo en lo más alto
 Aparece y las Pléyades, subyuga
 De su fulgor el misterioso encanto:
 Cercana al polo boreal la Osa
 Dirige al caminante extraviado;
 Venus en el Oriente anuncia el alba,
 Y cuando brilla próxima al Ocaso
 Trae consigo la callada noche
 Que los tiernos amantes desearon.
 Suele de tarde en tarde, peregrino
 Por las regiones del azul espacio,
 Un cometa extender su cauda bella
 De Poniente a Levante.— Llegó el sabio
 De los planetas a medir la altura,
 A conocer su movimiento vario
 Distinguiendo en su disco las montañas
 De los abismos cóncavos y opacos;
 Mas cuando quiso en alas de la ciencia
 Adonde mora Dios subir osado
 Y ante su trono con altiva frente
 Pedirle la razón de sus arcanos,
 La misma voz que al aquilón acalla
 Y al mar contiene en su profundo álveo,
 Truena a su oído y al humilde polvo
 De nuevo descendió, torpe gusano!

IX.

El dolor.

«¡Oh Dios mío, Dios mío! Si piadoso
 Eres como te invocan los humanos;
 Si tu diestra sublima omnipotente
 Las criaturas que formó del barro;
 Si, como a débil planta que se acoge
 A la sombra benéfica de un árbol,
 En tu misericordia las encubres
 Con la bendita sombra de tu manto,
 ¿Por qué mi corazón del pecho arrancas?
 ¿Por qué hieres mi frente con tu brazo?
 ¿Qué me sucede ¡ay! que ya mis ojos
 Abrasadoras lágrimas cegaron?
 ¿Fué tu divina voluntad que el hombre
 Con el dolor envejeciera? ¿Acaso
 El legado le hiciste de la vida,
 Flor que dura en la tierra pocos años,
 Para trocar en humo sus deseos?
 Mis días un tormento prolongado
 Son, y las noches lóbregas ahogan
 Mis sollozos. . . . Tal vez sueño liviano
 De mi perdido bien la imagen bella
 A mis ojos ofrece: alborozado
 Corro a echarme a sus pies y se evapora,
 «Adiós, adiós,» sus labios murmurando.—

Si tal era en la tierra mi destino
 ¿Por qué no permitiste, cielo santo,
 Que, malogrado en el materno seno,
 Jamás se abrieran a la luz mis párpados?»

X.

La tumba.—La muerte.

En la mitad de la llanura inmensa
 Veo un camino estrecho y erizado,
 A cuya orilla, si una flor asoma
 Sécase luego entre espinosos cardos.
 Al fin de este camino hay honda sima
 Que el hombre cava con sus propias manos,
 Con el sudor de su abrasada frente,
 Para gozar allí largo descanso.
 Pero ¿quién aparece, el débil cuerpo
 Llevando hacia la sima con trabajo,
 Inclínada la frente y sosteniéndose
 Con el auxilio de nudoso báculo?
 Es ¡ay! la SENECTUD: en su cabeza
 Los inviernos sus nieves han dejado;
 No tiene brillo su mirada incierta,
 No tiene savia de su vida el árbol.
 Imagen fiel de la vejez helada
 Son estos montes cuando expira el año;
 Mas ¡ay! la primavera torna a ellos
 Su animación y su esplendor pasado,

Y el hombre muere para siempre. A veces,
 Cual minado de sórdido gusano
 Languidece un arbusto, herido el joven
 De la desdicha fiera por el dardo,
 Encanece temprano su cabello,
 Encórvase su cuerpo fatigado;
 Solicita su tumba y no la encuentra,
 Semejante a quien cava suelo ingrato
 En busca de un tesoro; que la muerte,
 De la felicidad en el regazo,
 Al hombre asalta que su fin olvida,
 Pero la llama el infeliz en vano.

XI.

La inmortalidad.

«Pero ¿qué digo? El ángel que del mundo
 Huyó ligero al expirar el plazo
 De su destierro, y en su antigua patria
 Mora entre los querubes sus hermanos,
 ¿Podrá gustar del cáliz de amargura
 Que a su dicha inmortal está vedado?
 Si miras tú con ojos compasivos
 La odiosa agitación del mundo bajo,
 Desde el eterno monte en cuyo cielo
 El verdadero sol no tiene ocaso,
 Ruega al Señor, a quien de cerca adoras,
 Que me perdone mis errores vanos:

Que siempre en esta vida la esperanza
 A mi debilidad sirva de amparo:
 Que cuando ya mi deleznable cuerpo
 Esté durmiendo el sueño funerario
 En el jardín ameno do viviste
 Y de la cruz bajo el abrigo santo,
 Dé a gozar a mi alma el bien supremo
 De la inmortalidad allí a tu lado.»

XII.

Últimas palabras del peregrino.

«Idolatrada flor de un solo día
 De bella forma y de perfume casto,
 Tu memoria acompaña al caminante:
 Entristece tu ausencia el suelo patrio.
 Mi lloro estos renglones riega: en ellos
 Tu nombre falta, a mis oídos caro:
 Bien lo recuerda el corazón, mas nunca
 Pudo mi mano en el papel trazarlo.

.....
 ¡Ay! ya no tengo porvenir. El prisma
 Rompióse y veo que el desierto es árido:
 Yo me siento a esperar aquí la noche
 Bajo la palma de un recuerdo amado.»

POEMA DE AMOR.